

na organización. Estos programas son sus mapas y advertencias; deben ser conocidos y consultados por todos y cada uno de los estudiantes, para quienes serán una novedad y agradable modo de aprender sin esfuerzo materias que, en los libros, parecen áridas. Este programa debe ser completado con un *cuaderno de notas* que lleve cada estudiante, en cuyo cuaderno, bajo la dirección del profesor, deberá apuntar las lecciones de éste y sus impresiones personales, y copiar las notas aclaratorias del programa (1).

Tales son las nociones fundamentales que deben servir de norma para implantar, en cualquier instituto educatorio, las excursiones de instrucción, no como sucesos extraordinarios, *sino como un sistema regular*, que, bien organizado, puede producir grandes beneficios.

(1) Para mejor conocimiento y condición de la historia y geografía, son eficacísimas ciertas notas aclaratorias, de las cuales están como ejemplo las que he hallado en un programa de una excursión pedagógica alemana que cruzaba la ciudad de Armstad: «El emperador Otto I reunió un parlamento en Armstad, en 945. Lutero pasó una vez á través de Armstad. Gustavo Adolfo descansó allí antes de la batalla de Lützen. El emperador de Rusia se detuvo allí un corto tiempo después de la batalla de Leipzig, etc.» Tales notas deben ser copiadas y explicadas, bajo la dirección del profesor, en los cuadernos de apuntes.

## CAPITULO VIII

### EDUCACIÓN DE LOS DEGENERADOS

SUMARIO: § 147. Extensión de la *familia neuropática*.—  
 § 147 bis. Clasificaciones médicas de los degenerados.—  
 § 148. Relativa importancia de la educación del *infer* y del *superhombre*.—  
 § 149. Educación de los degenerados pedagógicamente anormales.—  
 § 150. Tipo del *degenerado medio ó común (pseudo normal)*; sus cinco rasgos característicos: *impulsividad, daltonismo moral, exhibicionismo y desarrollo irregular*.—  
 § 151. De cómo, bajo un punto de vista psiquiátrico sociológico, conviene que la Instrucción pública sea esencialmente humanista.—  
 § 152. Circunstancias que ponen en primer lugar en la República Argentina y países similares, la cuestión de la instrucción pública bajo este punto de vista psiquiátrico sociológico.—  
 § 153. ¿Cuáles son las causas y por ende, los remedios de la degeneración?—  
 § 154. La incógnita de la moral del futuro, bajo el punto de vista de la degeneración.

§ 147. *Extensión de la «familia neuropática»*.—  
 Cada día es mayor, según las investigaciones de la ciencia, la sombra funesta que la degeneración proyecta sobre la especie humana.

Infinito resulta el árbol genealógico de la *familia neuropática*. Arraiga en el último ceno de nuestra sangre, y yergue, sobre el horizonte, su copa hasta las nubes del cenit. En sus ramas más bajas fructifica el crimen, en las medias florece la locura y en su cabe-



za resplandece el genio. Sólo la neo medianía le es extraña, pues el vicio, la extravagancia y la originalidad diríanse vegetaciones parásitas que germinan en su tronco. Por ello se ha escrito que la descendencia de un degenerado es como la nidada de una gallina que hubiera empollado huevos de todas las aves del corral, y aun de las de rapiña, sus más feroces enemigos, el gavilán, el halcón, el águila.

La patología, al estudiar las metamorfosis de la herencia, descubre no sólo las relaciones de las neurosis y psicosis entre sí, sino también sus vínculos misteriosos con *todas* las enfermedades hereditarias, hasta las aparentemente de índole más diversa, como la gota, la diabetis, la sífilis.

† Hay dos órdenes lógicas de degeneración psicofísica: la *inferior* y la *superior*. La una tiende á relajar la fisonomía moral del individuo; la otra, pese á las lesiones mórbidas fisiológicas, á exaltarle.

Verdad es que existe un estado patológico, estado vagamente conocido, que dificulta la clasificación de los degenerados: la histeria. Aunque todo histérico, puede decirse, tiene algo de degenerado, y todo degenerado algo de histérico, los *grados* de degeneración y de histerismo adquirido no son siempre idénticos.

En lo físico, el histérico sorprende al médico inexperienced parodiando involuntariamente enfermedades ajenas en órganos sanos en relación, como en el corazón ó el estómago. En lo psíquico, imita admirablemente síntomas de superhombre, á punto de dificultar el diagnóstico. Su fanatismo mórbido se asemeja, en ocasiones, tanto, á la firmeza de la sinceridad del hombre superior que suele confundírseles. Confundiéndolos, equivocándolos, Max Nordau, en el cuadro psico-sintomatológico de los degenerados, les atribuye

la alta constancia objetiva característica del superhombre; y cuando presenta ejemplos hace su confusión más evidente al buen sentido. Si ese hábil empírico fuera un verdadero psiquiatra, siquiera un verdadero psicólogo, los distinguiría, así como el clínico especialista en vías digestivas sabe siempre diferenciar, aunque sea con dificultad, una dispepsia real de otra falsa simulada. No, provocada por histeria.

\* El tipo de *degenerado inferior* ó *inferhombre* es bien conocido, desde el monstruo, el loco y el idiota, hasta el escrofuloso y el criminal nato. Su terapéutica entra más en el dominio de alienistas y penalistas que de psicólogos y pedagogos. Y también el tipo de lo que llamo *degenerado superior* ó *superhombre*, es de diagnóstico fácil, al menos después de que se haya desarrollado hasta su plenitud.

Por una especie de *pudor humano*, muchos psicópatas excluyen de la degeneración ese caso sumo del genio. Suponen al genio un ente normal, un neo-medio en sus manifestaciones psico-físicas. Sostienen que es un tipo *evolutivo*, que nunca, bajo un punto de vista antropológico, podría considerarse *regresivo*; esto es, degenerado. Paréceme este orden de ideas muy propio de nuestra dignidad de hombres, pero acaso indigno de la franqueza de la ciencia. Todo me induce á pensar que el genio es, en su aparición en las razas y en los individuos, un fenómeno mórbido, ó más bien, un conjunto de fenómenos mórbidos, por su impulsividad, que siempre lo caracteriza, y por otros rasgos de perfidia, alucinaciones y persecuciones que nunca son comunes en la neo-medianía. Del delirio poético se dice que participa de la infancia y de la locura. La impasibilidad antihumanitaria de los grandes políticos y militares, no es un rasgo que pueda



ser común al tipo mediocre de la especie, después de luengas centurias de herencia cristiana. La paciencia febril de los investigadores, la inspiración de los inventores y el vuelo aquilino de los teoristas, son fenómenos que la psico-patología califica de impulsividades mórbidas. No es, por tanto, necesario citar casos de neurosis más ostensibles, como la hipocondría de Mozart y Beethoven, y las alucinaciones que, en forma de demonios familiares, asediaron á Sócrates y Pascal. Si se analiza con más detención la ascendencia y descendencia de los hombres de genio, se llega á obtener datos harto precisos, á veces elocuentes. Y reina, sobre lo fundamental del fenómeno, entre todos los autores que han tratado de *vires illustribus*, desde Plutarco hasta Lombroso, una evidente *concordancia de datos psicológicos*, sino de palabras.

El *pudor humano* que cohibe la franqueza de los neurópatas, podría reducirse, en último término, á su temor de clasificarse ellos mismos, su ascendencia y descendencia, en el execrado árbol genealógico de la familia neuropática. ¿Por qué? No deberían avergonzarse de lo irremediable; bien podrían enorgullecerse de una verdadera superioridad moral, la única posible, aunque entronque con la idiotez y la locura. Además, la degeneración inferior de la casta del superhombre no es fatal, pues que la mejora de las condiciones de su alimentación, por una parte, y su matrimonio con una neo-mediana, por otra, pueden hacer volver al tipo normal á su descendencia, como ha ocurrido, en circunstancias bien desfavorables, con la casa imperial de Rusia. En cuanto á la ascendencia, tampoco se le denigra al suponersele con tendencias á desviarse de la neo-mediana; pues ese desvío, para llegar al hombre de genio, debe ir forzosamente en pro-

gresión hacia lo superior. No por rebajar, sino por honrar á Pepino de Heristal, se grabó sobre su losa: *Caroli Magni pater*. En estos casos, la derivación de las razas es como el aumento de un gran caudal de aguas, que va convirtiéndose, por saltos, en torrente, hasta lanzarse con el estruendo máximo de una catarata.

Para demostrar mi tesis sobre lo degenerativo ó mórbido del genio, me valdré de tres categorías de argumentos.

I. *Argumentación «a priori» ó deductiva.*—Iniciaré mi demostración de la degeneración del genio, es decir, de la íntima semejanza de este caso humano con las demás clases de degeneraciones mórbidas—y aparte del estudio de su etiología, así como del análisis casuístico de su ascendencia y descendencia—en un razonamiento de una lógica de hierro. En efecto; el genio es un salto de la Naturaleza. Cualesquiera que sean las condiciones de su raza, el genio es el salto supremo de la Naturaleza humana. Y la Naturaleza, en sus evoluciones normales, no da saltos. Luego el genio es un caso anormal en las evoluciones de la Naturaleza. Mas todo lo que es anormal en la Naturaleza humana es patológico. Luego el genio es un caso patológico. Este argumento apriorístico, metafísico, casi ingenuo, si se quiere, concuerda en absoluto, pese á nuestro orgullo, con las últimas investigaciones de psicopatología. Entre uno y otro hombre hay abismos infinitos. Pero el infinito ha sido sabiamente simbolizado por los antiguos en una serpiente que se muerde la cola.

II. *Argumentación positiva, casuística ó inductiva.*—El *pudor humano* de los psicópatas, casi diría el «or-



gullo humano», trata de comprobar lo absurdo de la tesis de la degeneración del genio, estudiándolo positivamente, caso por caso. Se citan uno y otro, y más y más hombres de genio, pretendiendo evidenciar la absoluta normalidad psicofisiológica de todos y cada uno de ellos. Pero estos exámenes son parciales y son incompletos. Son parciales, porque respiran admiración. Son incompletos, porque generalmente se refieren á datos fisiológicos, somáticos, y rara vez á datos puramente psicológicos. Además, todos esos datos han sido siempre previamente adulterados por el respeto. Los psicópatas dejan entonces de ser médicos, para constituirse en poetas y cantar, en científica prosa, las grandes glorias. Ensalzando de tal modo á prójimos, y aun á compatriotas, alaban su especie, alaban á su patria, se alaban á sí mismos, para íntima y secreta satisfacción de su vanidad de hombres y de ciudadanos. Por otra parte, no quieren ser francos, por un instintivo temor de que se les tache de envidiosos. El público podía decir: «Es una vergüenza; porque tiene talento ese autor, envidia al hombre de genio.» Y todo esto, que no es sino vanidad y cobardía, se disfraza con pomposos nombres de modestia, justicia y verdad. Otras veces, la ambición de esos poetas que usan el antifaz del crítico les inspira la ingeniosa idea de colocarse, tácitamente, ellos mismos entre los sujetos de sus laudatorias. Piensan que «comprender es igualar». Por esto hase dicho de Carlyle que, aunque él no se nombre entre sus «héroes», él mismo es uno de los «héroes». *Ça va sans dire*, pensaría Carlyle. Cantar las virtudes de los grandes hombres es casi poseerlas. Para quien no las tiene propias, debe ser poco menos que apropiárselas vestirse para lo futuro con las plumas del grajo. Esta sensación debió sentir

Boswell el vicioso, al escribir la virtuosa vida del doctor Johnson, una de las más admirables biografías que se hayan escrito. Sería, pues, necesario que los psicópatas, al estudiar el genio, dejaran de lado la ficción y la vanidad, ó, si se quiere, la poesía y la gloria, y emplearan métodos más científicos. No basta ya afirmar con grandes puntos de exclamación que Goethe y Bismarck fueron normales, y aun *hipernormales*. Es necesario explicar por qué los biógrafos de Goethe se pasman de su donjuanesca perfidia, imposible en una neo-medianía, y por qué los críticos extranjeros de Bismarck se indignan de la maquiavélica perversidad de su política franco-prusiana, que nunca hubiera alentado el pecho burguesamente generoso del emperador Guillermo. Pues bien; esa crueldad congénita es uno de los rasgos más característico de todos los degenerados. En los *inferiores* es continua; en el *superior*, ocasional, porque él es orgánicamente altruista. Y como los casos de Goethe y de Bismarck, creo que pocos ó ninguno resisten á la autopsia minuciosa de un psicólogo sagaz.

En dos órdenes de manifestaciones se revela, á mi modo de ver, la morbidez de la psicología del genio: primero, en su *modus operandi*, en la manera de proceder en sus empresas; segundo, en la índole de sus facultades mentales.

\* La única pasión que puede dominar el delirio de un animal perfectamente sano de cuerpo y espíritu, es el amor. Fuera del amor, todo lo demás puede interesarle; pero mediocrementemente. Pues bien; lo único que llega á interesar fundamentalmente al hombre de genio, es la pasión de su arte ó ciencia, de su actividad mental. Esta pasión es lo que absorbe su atención, lo que encadena su voluntad, lo que gasta su vida. Como prue-



ba del poder extraordinario de ese sentimiento, basta citar las anecdóticas «distracciones» de los hombres de genio. Esa facultad de abstraerse de las necesidades animales—el amor, el hambre, el reposo—ese *modus operandi* del genio que puede olvidar sus necesidades animales para entregarse á su ideal superhumano, ¿no es un fenómeno característicamente anormal, ó sea patológico? Si todos los hombres fueran hombres de genio, ¿qué sería de la especie?

Pasemos á examinar ahora la mentalidad del hombre de genio, y veamos si esta mentalidad es tan anormal como su modo de sentir la vida. Veamos si las facultades intuitivas, sensitivas y pensantes del hombre de genio, lejos de ser monstruosas, son siempre correspondientes á su raza, su sexo, su edad, su medio ambiente. Dejando de lado todo lo que exageradamente por cierto se ha dicho de la clarividencia (medio ambiente), precocidad (edad) y superioridad (raza) de los hombres de genio, me encararé con un fenómeno hasta ahora pasado en silencio, y, sin embargo, altamente sintomatológico. Si es cierto que el hombre de genio se sobrepone á su medio ambiente, iniciando reacciones é innovaciones violentas; á su siglo, presintiendo el lenguaje y las ideas del futuro; á su raza, superándola; á su edad, cuando de niño adivina con experiencia de hombre; también es cierto que frecuentísimamente se sobrepone á su sexo físico y psíquico, usando *modalidades mentales* del opuesto. Podría llamarse á este fenómeno *hermafroditismo intelectual*. La expresión no debe parecer cruda, porque se refiere puramente á la intelectualidad.

Asigna la naturaleza á la mujer una psicología típica. En primer lugar, por su papel de esposa, es más débil, más ductil, más sumisa y más disimulada que

el varón. En segundo, por sus funciones de madre, es más sensible, más tierna, más altruista, más abnegada. En tercero, por la conformación física de su sexualidad, es menos emprendedora, más pasiva, más imaginativa, más coqueta, más accesible, y resiste mejor la castidad. Estos tres grupos de condiciones de esposa, madre y hembra, dan ese bellissimo conjunto de armonía que se llama una mujer. En cambio, el varón normal, por sus deberes y derechos innatos de padre y jefe, es más activo, *más absoluto*, más egoísta, más constante y más leal. Para ejercer su autoridad y alimentar su casta, es emprendedor y laborioso; por ejercer su autoridad y sostener su hogar, es despótico y verídico. Pues bien; el psicólogo que analice sin prevenciones el temperamento de un hombre de genio, le halla *siempre* una serie de cualidades característicamente femeninas que jamás se observan en un buen burgués. Si es político, verá que posee frecuentemente, para con la opinión nacional y las cancillerías extranjeras, una suspicacia, una maleabilidad femeninas. Si humanista, una generosidad, una abnegación material. Si artista ó ideólogo, una castidad de doncella. Aun el hombre de ciencia, cuando es genial, es porque á sus condiciones de labor y voluntad une la de ser femeninamente astuto para arrancar á la naturaleza, engañándola, sus secretos. Diríase que la psiquis de un hombre de genio es tan completa porque es doble: es la de un hombre vigoroso, doblado, reforzado con la de una mujer. Este es el fenómeno que llamo *hermafroditismo intelectual*, condición absolutamente diversa de lo que algunos psicópatas modernos llaman «hermafroditismo psicológico», es decir, condición que no se liga fatalmente á la sexualidad física ni á la psíquica del sujeto. Supongo al hombre de ge-



nio tan normal en sus inclinaciones sexuales como Goethe ó Byron; pero esa normalidad sexual no excluye una *anormalidad intelectual*, la que resulta de poseer en su psicología conjuntamente con grandes cualidades de hombría, los rasgos más evidentemente femeninos. Estudiando con detención la psicología de cualquier hombre de genio, se descubre fácilmente esta extraordinaria duplicidad. Muchas veces la parcial feminidad psicológica de la mentalidad del hombre de genio resalta singularmente en su vida, porque, obedeciendo una ley de contrastes, se casa con mujeres hombrunas. Al casarse Mahoma con la viuda Khadidja, bastante mayor en edad, fortuna y gobierno que él, procede, más que como un varón que trata de formar un hogar, como una niña que busca una «unión de conveniencia». Sócrates manifiesta en sus *Diálogos* un espíritu mucho más sutil, más fino, más femenino, que su esposa Xantipa. Aristóteles es femeninamente impresionable. Platón, femeninamente casto y patriarcalmente maternal. Demóstenes es medroso y susceptible como una hetaira. Cicerón es mucho más sensible, más voluntarioso, más vanidoso y más coquetón que su cara esposa Terencia. Se dice que las mujeres sobresalen, exclusivamente en el estilo epistolar, que es el que mejor se adapta á su idiosincrasia; y nadie, ni Mad. de Sevigné, ha sabido escribir cartas como Cicerón. En todas las ingeniosas astucias de su política revela Julio César un espíritu exquisitamente femenino. Carlomagno es una madre admirable para con el pueblo francés, San Luis es tan buena madre como lo fué para con él Blanca de Castilla. Pedro el Grande es mucho más flexible y novelero que Catalina II. Rousseau, que fué tan desnaturalizado padre de sus hijos, se distinguió por un fogoso cariño maternal

para con la humanidad; es infantil suponer que esta pasión que le ha inspirado tan elocuentes párrafos, no fuera heroicamente sincera. Kant y la mayoría de los grandes ideólogos, son femeninamente castos.

Nada más delicadamente femenino que el estilo de Julieta, Ofelia, Desdémona; para hacerlas hablar así, Shakeaspeare debió identificarse, por un poder de abstracción y duplicidad psicológica, á sus sentimientos. Las rencillas del rey Voltaire y el rey Federico, en su castillo de Postdam, son, psicológicamente, las que resultan de la rivalidad de dos sultanas en cualquier serrallo; sólo que aquí rivalizan por la gloria. Los grandes poetas románticos son todos mujerilmente sensibles y pueriles. Infinitamente más impresionable, más versátil, más mujer que lady Byron, es lord Byron. Goethe hereda de su madre, como lo ha dicho su naturaleza imaginativa (*das Lust ya fabuliren*), y es asombrosamente veleidoso y locuaz. Schiller es una naturaleza generosa, delicada y modesta. En Heine palpita un sentimentalismo de histérica; en Poe, una medrosidad de histérica. En los versos de los poetas modernos, que buscan la «sensación nueva», que dijo Hugo de una composición de Verlaine, vibran ondulaciones de mujer, caricias de gata. Emotivos, como sensitivas, son todos los grandes músicos; por esto se gastan pronto y acaban fácilmente en misántropos é hipocondriacos. Chopin es mucho más femenino que Jorge Sand. El casamiento de Napoleón con Josefina de Beauharnais, me recuerda, en más de un punto, al de Mahoma con la viuda Khadidja. La política papal, modelada por hombres de genio, como Inocencio III y Gregorio VII, es política femenina. Femenina también es la castidad y el abnegado altruismo de los grandes santos cristianos. Y así, entre políticos,



filósofos, artistas, poetas, investigadores, músicos y santos, podrían citarse inagotables ejemplos. Pero entre todos, hay uno que, acaso por respeto, por culto, valdría más callar... Hubo un hombre en Galilea, tan absoluto, tan completo, tan poderoso, que, aunque nació en un establo, se llamó Hijo de Dios. Yo lo adoro como á Dios mismo, porque, aunque tomara formas y modalidades de hombre, y de hombre de genio, por su misión en la tierra, fué Dios mismo. Y ese Hombre Divino ha poseído la humildad de todas las esposas, la ternura de todas las madres y la castidad de toda las vírgenes. Tan característica fué la duplicidad intelectual de su contextura transitoriamente humana.

Aparte de estos fenómenos exclusivamente fisiológicos, la fisiología enseña que en la mujer hay mucho más desgaste y reposición orgánica que en el varón. Y en el hombre de genio, según es de presumirse por la actividad febril de su vida, debe haber más desgaste y reposición orgánica que en el hombre normal.

Ahora ocurre preguntar: ¿por qué, si el hombre de genio posee tantos rasgos psicológicos femeninos, hubo, sí, mujeres de talento, pero nunca una mujer de genio? Creo que la explicación de esta duda no es difícil. En efecto; según los naturalistas, en casi todas las especies animales, y singularmente en las más elevadas, la hembra es la que mejor conserva el tipo medio de la especie. Por su conformación física, es evidentemente al macho á quien corresponde adelantarse en el papel activo de las iniciativas, y á la hembra estacionarse en el papel pasivo de la maternidad. En las bestias, la fuerza de transformación evolutiva obedece sólo á las condiciones mesológicas á que adaptar su existencia; si el industrioso castor modifi-

ca en un detalle cualquiera sus construcciones, es porque las aguas de la región, so pena de muerte, lo han obligado á ello. En el hombre, el esfuerzo del progreso, de innovación y rebelión existe en todas las condiciones mesológicas. En las bestias, el exterior obliga á las transformaciones que, por lo tanto, lentas son y ocasionales; en el hombre, al menos, cuando pertenece á las razas más fuertes, el esfuerzo de progreso existe, aunque no se modifiquen extrínsecamente las condiciones mesológicas, porque obedece á una modalidad intrínseca de su psicología. Así, no necesita cambiar de aguas, como el castor, para progresar en arquitectura. De ahí que las innovaciones humanas sean tanto más violentas é intensas que las transformaciones evolutivas animales. Pero esos vuelcos, por su misma intensidad y violencia, son saltos, son *momentos anormales* que marcan las etapas de la historia. Por su anormalidad no se puede suponer que sean súbitamente colectivos, porque entonces lo anormal sería la regla de la colectividad. Lo anormal debe ser siempre excepcional. Pues bien; lo que marca el empuje en esos instantes excepcionales, es el hombre de genio. El hombre de genio es quien da bruscamente el primer paso; los demás lo siguen como brutos que cambiaran de medio ambiente. Por eso se ha dicho que una abeja que construye un alvéolo cuadrangular ó triangular; un toro que capitanease hasta la muerte á los de su especie antes de dejarlos uncir al yugo, etc., serían casos de genio. Pero esos casos no se producen sino en el hombre. Luego el hombre de genio es el más emprendedor, el más valiente iniciador de los hombres, *quien más se aparta del tipo medio de su especie*. Por esto debe ser, según las leyes sexuales de la naturaleza, un animal macho.



Para mayor claridad dilucidaré el mismo argumento en otros términos. Hay dos clases de lucha por la selección de las especies: la lucha animal, ó sea, de las diversas especies animales entre sí; y la lucha humana, ó sea, de las diversas razas humanas entre sí. El objeto de estas luchas es hacer sucumbir á lo más débil, para que quede triunfante lo más fuerte. Son las luchas por la vida misma, dado que todos, bestias y hombres, no podrían caber en los términos limitados de la tierra. Para la lucha animal, bastan el hambre y el amor, el individuo y la especie; para la lucha humana, se necesita un tercer factor, el progreso, *la aspiración de infinito*, para la vida de la raza, so pena de la exterminación, á la manera de lo ocurrido con la mayor parte de los pueblos aborígenes de América. El progreso, la aspiración de infinito, puede ser entonces un simple resultado de *mejores aptitudes animales...* El portaestandarte de esas aptitudes debe ser en la lucha humana lo que es en la lucha animal el ejemplo, que más se aparta del tipo medio; ó sea, el animal macho.

Pero en la lucha animal vence siempre la salud, la fuerza física; en la lucha humana, triunfa la inteligencia, la civilización, que no siempre es salud... De lo cual resulta, que si en las especies animales el ejemplar más fuerte, el que triunfa, debe ser el más sano, ó, por lo menos, uno de los más sanos, en la lucha humana, lucha de inteligencia, puede bien ser, fisiológicamente, un individuo anormal y aun enfermo. Una cosa es la evolución de la sangre y otra la evolución del pensamiento.

III. *Argumento inductivo «a posteriori»*.—El más concluyente argumento sobre la regeneración del hombre de genio, consiste en el análisis de su descendencia. Si él es un caso *antropológicamente* evolutivo,

esa descendencia debe sobresalir como un avance, sobre el tipo medio, hacia el perfeccionamiento de la raza. Pues bien; en la realidad, el hombre de genio no es un buen animal reproductor. Por regla general, salvo excepciones, computando el término medio, su descendencia es poca y mala. Luego su mérito, como generador, lejos de ser superior, es inferior al del neo-normal. Bajo este punto de vista podría, pues, considerársele, á la par del degenerado medio, un elemento *regresivo* de la especie, si es que este término puede conceptuarse apropiado para significar simplemente *degenerativo*.

En suma: si *sociológicamente* el hombre de genio puede reputarse un elemento evolutivo ó *progresivo*, *antropológicamente* es *regresivo* ó *degenerativo*. Y para justificar su degeneración, insinúo tres órdenes de argumentos. *Primero*: observación *positiva* de sus rasgos característicos, que son, en parte, comunes á los demás degenerados. *Segundo*, argumento *a priori*: de esa observación positiva surge un tipo que es un salto de la Naturaleza, y, por lo tanto, *anormal*, y por ende, patológico. *Tercero*, argumento *a posteriori*: del estudio casuístico y coordinado de su descendencia, resulta que, *antropológicamente*, no es un tipo evolutivo en grado igual al neo-normal.

§ 147 bis. *Clasificaciones médicas de los degenerados*.—Mi *clasificación psicológica* tripartita de los degenerados (*inferhombres, degenerados medios y superhombres*), podría ser tildada por los médicos que no aman las incursiones de los humanistas en sus dominios científicos, de vaga y empírica. Sin embargo, bien fácil es establecer su correlación con las más autorizadas *clasificaciones médicas*.



Magnan divide los degenerados mentales en cuatro grupos, según el desarrollo de su inteligencia: 1.º, idiotas; 2.º, imbeciles; 3.º, débiles de espíritu y 4.º, degenerados simples ó superiores. Esquirol, que tiene por criterio de la intelectualidad el lenguaje, traduce así los tres primeros grupos de Magnan: 1.º, idiotas de primero, segundo y tercer grado según que hablen ó no hablen nada; 2.º, imbeciles, inferioridad evidente de la expresión y 3.º, pobres ó débiles de espíritu cuyo lenguaje es *casi* fisiológico.

El *idiot* es el tipo infimo en la escala de la mentalidad, porque su idiotez es síntoma de una *afección orgánica* de sus centros nerviosos. El estado embrionario de su mentalidad se manifiesta físicamente por falta de desarrollo del cerebro en *peso* y en *volumen*; en calidad, cantidad (*microcefalia*), y generalmente por lesiones *gruesas* microscópicamente comprobables. «La degeneración física, dice Piñero, es la regla en la idiotez, y su signo evidente y vulgar es la pequeñez del cráneo, en el que se ha encerrado el cerebro antes de su completo desarrollo, con gruesas suturas y resistentes paredes que le impiden la menor expansión. Esta microcefalia congénita y la atrofia consiguiente del cerebro pueden tener distintas graduaciones que se acompañan por modalidades especiales del lenguaje.»

El tipo del *imbécil* es diverso al del *idiot*. No es psicológica ni fisiológicamente tan inferior, y á más de su grado superior en mentalidad, existe entre ambos una diferencia médica fundamental. Según Gilbert Ballet, el imbecil es un *degenerado funcional con estigmas de insuficiencia*, aunque no con monstruosidades ó deformaciones físicas. La idiotez, como dejo apuntado, es una *afección orgánica* de los centros ner-

viosos, mientras que la imbecilidad es simplemente una *debilidad mental*.

Los *débiles de espíritu* del tercer grupo son degenerados de una imbecilidad vaga é incipiente.

Los *degenerados simples ó superiores* del cuarto grupo son individuos aparentemente normales cuya degeneración, al menos antes de la autopsia, se manifiesta mejor en el orden psíquico que en el físico. Más adelante concretaré los cinco rasgos típicos de su psicología. Su inferioridad fisiológica es vergonzante y disimulada, y apenas si llega á revelarse, á veces, en tal ó cual estigma, como la oreja en asa, la asimetría, el *lec de lièvre*.

Al *inferhombre* de mi clasificación corresponden las tres primeras categorías de la de Magnan y sus equivalentes de la de Esquirol. El cuarto grupo de la de Magnan es el del *degenerado medio* ó simple *degenerado* de la mía. El *superhombre*, que constituye en ésta el tercero y último grupo, no está incluido por las preapuntadas razones, en los cuadros de los psicópatas. He aquí una demostración gráfica de mi clasificación psicológica y sus correlativos de las clasificaciones médicas de Magnan y Esquirol:



	Magnan.	Esquilrol.	
X  DEGENERADOS  X	1. Inferhom- bres.....	1. Idiotas ..	1. Idiotas de 1.º, 2.º, 3.º gra- do, según que hablen ó no hablen nada.
		2. Imbéciles.	2. Imbéciles, inferioridad evidente de la expresión.
		3. Débiles de espíritu...	3. Pobres ó débiles de es- píritu cuyo lenguaje es casi fisiológico.
	2. Degenera- dos medios.	4. Degenera- dos supe- riores ó de generados simples...	Frecuentemente son exhibi- cionistas de la palabra, declamatómanos, grafó- manos.
		3. Superhombres .....	Supernormales en la palabra, porque usan de un len- guaje infinitamente más rico y más expresivo que el de los hombres norma- les mejor constituidos.

Es curioso que sea el lenguaje articulado, y aun el escrito, uno de los síntomas más decisivos de que disponen los neurópatas para la clasificación médica de los degenerados. Pienso que para la clasificación psicológica, no se puede disponer de mejores datos que el lenguaje articulado y aun escrito. En efecto, como se verá más adelante, el síntoma más evidente para la clasificación de los degenerados medios ó simples degenerados, es, á mi juicio, el exhibicionismo de la palabra, que adopta las formas de declamatomanía ó grafomanía, según sea hablada ó escrita. El más luminoso rasgo de la superhombria es la palabra rica, expresiva, elocuente de los grandes poetas, filósofos y oradores. Con verdad observa Sainte Beuve en un estudio sobre las «Memorias y arengas de Napoleón», que el hombre de genio, aunque no se dedique á las letras, posee á veces un poder extraordinario de ex-

presión, un poder *supernormal* de palabra, al menos cuando trata tópicos referentes al ideal de su vida. Algunos, como Montaigne, se adelantan á su siglo, y escriben en la lengua de los venideros. Otros, como Dante y Lutero, extienden, fijan y nacionalizan su idioma. X

§ 148. *Relativa importancia de la educación del «infer» y del «superhombre».* — El *infer* y el *superhombre* son casos, especialmente el segundo, excepcionales. Nacen, puede decirse, separados de la sociedad. Y á pesar de que éstos le marcan sus rutas, y aquéllos tienden á minarla en sus bases, el problema de su educación es, en el conjunto de los problemas pedagógicos generales, de secundaria importancia.

El inferhombre, el degenerado inferior, cuyo reconocimiento es sencillísimo al ojo clínico del alienista, llena casi totalmente las cárceles y los manicomios. Pero ¿cómo contenerlo?, ¿qué medio preventivo para combatirlo? Ello es cuestión más médica y jurídica que pedagógica. Una hábil educación de esos desheredados de la raza, es el más eficaz preventivo contra el vicio, el crimen y la locura. Pero, por su naturaleza, los degenerados que tienden al tipo inferior no deben de ser educados entre los normales: porque necesitan una educación especial, pues no saben aprovechar la instrucción común, y porque en las escuelas y colegios son siempre un elemento de indisciplina y malos ejemplos. Hay que formarlos en *escuelas especiales*, que describiré en el siguiente párrafo. Poblar esas escuelas es despoblar los hospitales y las prisiones.